

El crecimiento pro pobre. Vino viejo en copas nuevas?

Pedro Morazán

Bonn, febrero de 2022

Crecimiento, pobreza y desigualdad: Un triángulo mágico?

© Pedro Morazán, febrero de 2022

La idea del crecimiento como base del desarrollo

La teoría económica moderna define el crecimiento económico como un aumento sostenido de la producción de bienes y servicios durante un lapso determinado. En la Macroeconomía la producción total de una sociedad se define como Producto Interno Bruto (PIB) y su cálculo se realiza anualmente bien como la suma de los bienes y servicios producidos por todos los sectores (primario, secundario y terciario), bien como el resultado de la suma entre el consumo y el ahorro, lo que se conoce como la demanda agregada. Los incrementos en la producción se ponen por lo general en relación con los incrementos de la población. Por ello el crecimiento económico se mide como el incremento del PIB por habitante.

Para poder hablar de crecimiento económico no bastan los incrementos aislados y erráticos de la producción. El crecimiento económico se mide por ello en un período de tiempo largo. Por eso es importante recalcar que un aumento sostenido y sustancial del producto *per cápita* (por habitante) tiene importantes consecuencias por los cambios estructurales con los que va acompañado y que abarcan prácticamente todas los aspectos más importantes de la formación social: transformación tecnológica, educación, instituciones, política, patrones culturales, etc. Por ello el crecimiento económico se considera como la base del desarrollo, siendo este último una categoría más amplia.

Las dificultades para medir el crecimiento económico residen, aparte de los datos empíricos que hay que recopilar, en el hecho de que el crecimiento económico moderno supone grandes cambios estructurales y modificaciones de las condiciones sociales, económicas e institucionales. Para fines de medición, los componentes principales de dicho proceso de transformación se reducen o sintetizan en un indicador común (PIB), que nos permita establecer las necesarias comparaciones entre países. Como bien se sabe, dicho indicador no es universalmente aceptado en la teoría económica. El objetivo del presente ensayo no es, sin embargo, el de analizar las innumerables dificultades que implica la comparación de productos nacionales provenientes de estructuras y condiciones sociales diversas, ni las limitaciones que implica utilizar un indicador que no internalice los costos ecológicos de la producción (Costanza e. a. 2009)

La preocupación por los problemas del crecimiento económico y su relación con el bienestar, con la inequidad o el nivel de ingresos no es reciente. De hecho el mismo Adam Smith en su obra seminal „*La riqueza de las Naciones*“ se ocupaba también de los factores que influyen y determinan el crecimiento económico (Smith 2020). Si bien es cierto que los economistas clásicos no llegaron a formalizar una teoría del crecimiento económico, sí reconocieron - casi sin excepción - que el elemento central del crecimiento debía ser la acumulación de capital. Sus ideas sobre la necesidad del crecimiento se basaban muy fuertemente en el concepto de la escasez y del imperativo de Hobbes y Locke de dominar a la naturaleza para superar la escasez (Dieren, 1981). Esta visión del mundo tiene, sin embargo implicaciones ecológicas que no serán tratadas aquí. Solamente baste decir que una definición del crecimiento económico fun-

damentada en la idea o el miedo *leviatánico a la escasez* conduce irreparablemente a la destrucción de la naturaleza y el medio ambiente.

Fue recién en el decenio de los cuarenta cuando dos economistas de extracción keynesiana Roy Harrod y Evsey Domar, formularon un modelo de crecimiento muy simple que se apoyaba por una parte en la idea de un acelerador y por la otra, que la inversión debía ser igual al ahorro y este a su vez representar una proporción fija del ingreso (Conesa, 2015). En otras palabras la función Harrod -Domar de crecimiento económico encierra la idea de que, para poder crecer es necesario ahorrar lo más posible, lo que implica que la parte del ingreso destinada al consumo deberá ser reducida, para que haya más recursos para invertir en la ampliación la capacidad productiva y estimular con ello el crecimiento. Desde 1940 hasta muy entrados los años 60 la función Harrod – Domar era la fórmula mágica en las oficinas de planificación de muchos países de América Latina. Con el aumento de los impuestos y reduciendo el gasto público improductivo crecería el ahorro público que podía ser destinado a inversiones con elevadas tasas de retorno.

El modelo de crecimiento Harrod – Domar tenía algunos defectos entre los cuales el más importante es que no consideraba el progreso tecnológico. Este déficit fue evidente cuando a partir en 1956 el economista norteamericano Robert Solow llegó a demostrar, con la ayuda de una función de producción, que el crecimiento de los Estados Unidos desde principios del siglo XX se explicaba solo en un 20% por la acumulación de capital y en un 80% por el progreso tecnológico (Solow 1956). En vista de que el modelo solowiano permite la sustitución de factores (capital y trabajo), es considerado neoclásico.

Desde entonces, tanto en el campo académico como en el político, se ha ido enriqueciendo la discusión en torno los efectos del crecimiento en la reducción de la pobreza y la pobreza absoluta. La discusión no es prosaica y tiene implicaciones más profundas de las que aparecen a primera vista. Las interrogantes más evidentes son: ¿Reduce el crecimiento económico automáticamente la pobreza y la desigualdad? ¿Es contraproducente al crecimiento reducir la desigualdad inicial? ¿Hacia dónde deberá orientarse la intervención política y por la tanto ¿cuál es la relación óptima entre el Estado y el mercado?, en fin ¿es posible operacionalizar el crecimiento pro pobre?

En el fondo de este debate se encuentran pues, las mismas interrogantes de dos escuelas de pensamiento económico: la neoclásica y la estructuralista. En la visión neoclásica más ortodoxa, el crecimiento económico es el resultado de la acción espontánea de las fuerzas del mercado y demanda por lo tanto un mínimo de intervención estatal. En vista de que el equilibrio económico solo puede responder al accionar de la oferta y la demanda, la intervención estatal de corto plazo puede causar perturbaciones en el largo plazo que perturbarán, al final, el crecimiento económico. Según dicha escuela económica, esto es así porque la asignación óptima de los recursos depende del precio de los factores (tierra, trabajo y capital). El precio de equilibrio de las mercancías incluidas la fuerza de trabajo está determinado por el libre juego de la oferta y la demanda.

Sin embargo, con estas teorías ocurre lo de aquella famosa frase de Goethe: “*gris querido amigo, es toda teoría, verde, es el árbol dorado de la vida*”. Muchas de las asunciones de la visión neoclásica funcionan solo en la teoría, mientras que en la práctica, el tan ansiado equilibrio, producto de la oferta y la demanda, no llega casi nunca, provocando distorsiones en la distribución de la riqueza. Esto es así en especial en lo referente a la relación entre salarios y demanda laboral, que quedaron evidenciadas en la crisis económica mundial de 1929 – 1933. Por entonces el capital no era capaz de dar ocupación a la fuerza laboral, ni siquiera de manera gratuita, lo que

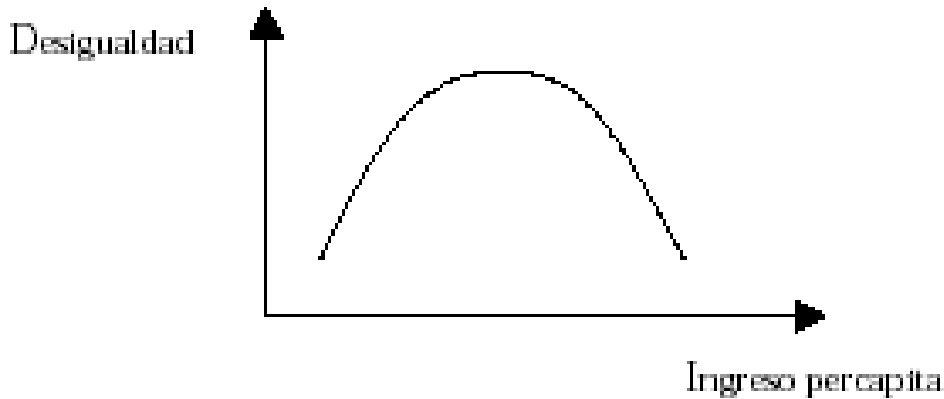
provocó el derrumbe de la teoría clásica del salario y el surgimiento de la teoría keynesiana (Keynes 2006).

La visión keynesiana o su versión estructuralista para Latinoamérica se basan en la hipótesis de que en el corto plazo el grado de ocupación no está determinado por nivel de los salarios sino por la estructura de la demanda agregada. Solamente con la intervención reguladora del Estado se puede lograr el multiplicador necesario para estimular el crecimiento económico. La visión keynesiana de la economía es el fundamento para el llamado “*Estado de Bienestar*” que surge en la postguerra en las economías avanzadas de Europa y Norteamérica. Lo importante es que, en este nuevo paradigma, del Estado de bienestar, las políticas económicas tienen que ser compatibles con las políticas sociales, con la acción redistributiva de parte del Estado para el logro del bienestar. Muchos de los avances de ambas escuelas – la neoclásica y la keynesiana - han sido introducidos en una suerte de síntesis, especialmente en la época de la postguerra, bajo el nombre de “síntesis neoclásica” (Woodford 2003). Sin embargo los procesos de reestructuración económica provenientes de la globalización, ligados fundamentalmente a la liberalización del comercio internacional y de las cuentas de capital parecen avivar de nuevo las diferencias en lo que respecta a las determinantes del crecimiento económico.

La relación crecimiento desigualdad

El primero en establecer una relación operacional entre crecimiento y desigualdad de ingresos fue Simon Kuznetsⁱ (Kuznets 1955). El crecimiento económico de un país es un proceso que puede ser visto solamente a largo plazo. Es en ese largo plazo en el que Simon Kuznets define el crecimiento económico como el aumento de la capacidad de una sociedad para suministrar cada vez más bienes económicos basándose en un aumento de los avances tecnológicos y los ajustes institucionales e ideológicos que este proceso demanda. Según su hipótesis en las primeras fases del crecimiento económico la desigualdad tiende a aumentar mientras que después de haber alcanzado un determinado nivel de crecimiento económico, las desigualdades tenderían a disminuir automáticamente. La relación así establecida es conocida hoy como la U invertida de Kuznets y aparece como en el Gráfico 1.

Gráfico N° 1 La hipótesis de Kuznets



Kuznets basaba sus investigaciones en los datos obtenidos del crecimiento del ingreso en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania durante los siglos XIX y XX (Kuznets, 1955). Para él el crecimiento económico tenía implicaciones sociales muy grandes especialmente en las relaciones campo - ciudad, que él se aventuraba en llamar „la revolución controlada“ (Kuznets, 1973). Por medio de la innovación tecnológica se produciría un flujo migratorio de los sectores „tradicionales“ a los segmentos „modernos“ de la economía. Mientras más grande fuera el reservorio poblacional del sector tradicional mayores serían las desigualdades sociales derivadas del proceso de crecimiento pues los salarios percibidos en las industrias manufactureras de las ciudades ofrecerían mejores oportunidades que los magros ingresos provenientes de las actividades agrícolas del campo. Por otro lado la fuerza de trabajo barata venida del campo sería un estímulo para la industria manufacturera del sector moderno. Esto presupone también que la desigualdad aumenta a causa de las diferencias salariales entre el trabajo calificado y el no calificado, sin embargo en el tiempo dichas diferencias tienden a desaparecer como efecto de la influencia entre oferta y demanda laboral.

Por largo tiempo la U invertida de Kuznets se ha mantenido, con sus variantes respectivas, como la base de la visión neoclásica del crecimiento económico adoptada por el *Consenso de Washington*. Muchas investigaciones trataron incluso de demostrar que altos niveles distribución inicial de ingresos tenían efectos negativos sobre el crecimiento económico, mientras que otras relacionaban la falta de crecimiento en la desigualdad de activos, principalmente tierra y capital humano. Especialmente a partir de la crisis de la deuda externa se consolidó en las instituciones internacionales de cooperación económica bilaterales y multilaterales la idea de que los países de bajo desarrollo económico debían buscar su estrategia de desarrollo en la promoción del sector moderno de la economía sin preocuparse mucho en la distribución de los activos de la población que habita en las áreas geográficas del sector tradicional. Naturalmente que esta orientación estratégica determina no solamente las políticas macro sino también las políticas estructurales y el papel del estado en su elaboración y es el alma de lo que se ha dado en llamar el *Consenso de Washington*.

En Latinoamérica la discusión sobre la relación entre crecimiento y desigualdad se replantea con el cambio de paradigma de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). El punto de partida de ese proceso fue la preparación del conocido documento *Transformación productiva con equidad* (CEPAL 1990). La transformación productiva se convirtió en preocupación fundamental en vista de los dramáticos efectos de la llamada “*década perdida*” en la que el continente sufrió las consecuencias de la crisis de la deuda externa iniciada con la moratoria de México en agosto de 1982. Sin embargo en el concepto de una transformación productiva con equidad de la CEPAL había cierto grado de optimismo, ya que las estrategias definidas y por aplicar, debían llevar también a avances progresivos en materia de equidad, gracias sobre todo a la generación de un creciente empleo productivo, mejor remunerado, y a la amplia incorporación y difusión del progreso tecnológico.

Esto serviría no sólo para la disminución de la pobreza, sino también para el mejoramiento de la distribución de ingreso, en el entendido de que la pobreza corresponde a niveles de rentas, en tanto que la distribución se refiere a la estructura de los ingresos. Si bien es cierto que el documento le dedica mucho espacio a los temas de la transformación y el crecimiento económicos son muy raros los pasajes en los que la equidad social es tratada como un desafío estructural.

Sin embargo es importante recordar aquí un pasaje importante del libro para contrastarlo incluso con las estrategias que están siguiendo gobiernos de orientación socialista en el continente: "El imperativo de la equidad exige que la transformación productiva esté acompañada por medidas redistributivas. Por intenso que resulte el esfuerzo de la transformación, seguramente transcurrirá un período prolongado, antes de que pueda superarse la heterogeneidad estructural mediante la incorporación del conjunto de sectores marginados a las actividades de creciente productividad. De ahí que será necesario pensar en medidas redistributivas complementarias, entre ellas servicios técnicos, financieros y de comercialización, así como programas masivos de capacitación destinados a microempresarios, trabajadores por cuenta propia y campesinos; reformas de diversos mecanismos de regulación que impiden la formación de microempresas; adecuación de los servicios sociales a las necesidades de los sectores más pobres; fomento de la organización para contribuir a la ayuda mutua y a la adecuada representación de las necesidades de los más desfavorecidos ante el Estado, y aprovechamiento de la potencialidad redistributiva de la política fiscal, tanto del lado de los ingresos como en lo referente a la orientación del gasto público." (CEPAL, 1990, p. 15). Hasta aquí solo baste recordar que a pesar de haber abandonado casi por completo su visión estructuralista en los 90 la CEPAL mantuvo en los años posteriores una visión del Estado diferente a la del *Consenso de Washington*.

Discusión internacional

Con la crisis general de los postulados del *Consenso de Washington* se ha revitalizado la discusión en torno al „triángulo mágico: crecimiento, pobreza y distribución“. La creencia en el efecto del derrame („*trickle down*“) que supone la U invertida de Kuznets de hecho se ha visto cuestionada seriamente con los resultados negativos de las políticas de ajuste estructural y de los programas de reducción de la pobreza (PRSP). El Banco Mundial y la cooperación internacional han iniciado la discusión en torno al crecimiento económico con la estrategia del llamado „crecimiento pro pobre“, lo que de hecho es el cuestionamiento de la concepción de Kuznets. Pugnar por un crecimiento pro pobre implica de hecho aceptar que las estrategias de crecimiento convencional de los últimos cincuenta años no han sido pro pobres.

Sin embargo, aceptar que el crecimiento por sí solo no beneficia a los pobres, es una condición necesaria pero no suficiente para alcanzar un nuevo paradigma. Los economistas se han contentado hasta la fecha con explicar el cómo y no el por qué el crecimiento no logra conducir automáticamente a ese punto de inflexión o de „retorno“ en el cual las desigualdades y con ellas la pobreza comienzan a reducirse. En ese sentido es justificado preguntarse: ¿Es posible operacionalizar la categoría crecimiento pro pobres para lograr tal inflexión? ¿Es posible determinar con tal precisión la relación entre crecimiento, pobreza y desigualdad, que nos permita formular las políticas más adecuadas que conviertan en un círculo virtuoso lo que parece un círculo vicioso? ¿Qué tipo de análisis es el más adecuado para lograr tal objetivo? ¿Un análisis transversal de varios países o los estudios caso por caso?

Es evidente que los modelos de economía dual no nos acercan a tal operacionalización. La mayor parte de los análisis sobre la conexión entre crecimiento y desigualdad son elaborados con datos de carácter transversal. Esta orientación por el análisis transversal se debe en gran medida a la falta de series completas sobre la distribución del ingreso para la mayoría de los países en desarrollo. Las instituciones de Bretton Woods habían privilegiado hasta ahora los análisis transversales (Ravallion 2000) que adolecen de algunas deficiencias relacionadas con las metodologías no compatibles, falta de coincidencia de los períodos analizados, comparabilidad de indicadores etc. A pesar de que tales deficiencias han ido superándose con el tiempo aun persiste la necesidad de profundizar el análisis caso por caso

Qué es el crecimiento pro pobre?

En el marco de la discusión reciente no se ha alcanzado todavía un consenso general sobre qué se entiende por crecimiento pro pobre. El principal obstáculo para alcanzar dicho consenso no es de carácter técnico o metodológico como trata de insinuarlo el Banco Mundial al hablar de dos posibles definiciones de crecimiento pro pobre, una absoluta y una relativa (Ravallion, 2000). El obstáculo es más bien de orden político: Se trata en esencia de la relación entre pobreza y desigualdad y por lo tanto de la necesidad de redistribuir ingresos y activos de los no pobres hacia los pobres, estimulando de esta manera un tipo específico de crecimiento. Esto sería de hecho una política pública para la cual no es fácil obtener el consenso necesario.

Mientras Dollar and Kraay (2002) en su famoso estudio transversal de más de 80 países llegan a la conclusión de que el crecimiento es por definición siempre pro pobres, Ravallion trata de verificar el efecto „trickle down“ del crecimiento (Ravallion and Chen, 2003) utilizando una „curva de incidencia de la pobreza“ derivada del índice de pobreza de Watts (1968) en la que se muestra en que medida el crecimiento del ingreso promedio varía a lo largo de los cuantiles de ingresos. Su medida del crecimiento pro pobre implica pues, la tasa promedio de crecimiento del ingreso de los pobres que hace crecer sus ingresos, reduciendo al mismo tiempo la pobreza, en este caso el índice general de pobreza.

Como ya hemos dicho, el hecho de aceptar una tal definición implica por un lado que no siempre el crecimiento es pro pobre y que no siempre el crecimiento es por lo tanto indiferente a la distribución. De hecho Ravallion considera tales restricciones (Ravallion, 2001) argumentando que aunque índices muy elevados de desigualdad inicial puedan afectar el crecimiento, esto no significa automáticamente que cualquier reducción de la desigualdad estimule el crecimiento. Llega a Rodas y no puede saltar („*Hic Rhodos, hic Salta*“ „Aquí es Rodas, aquí salta“ le pedían los incrédulos oyentes al atleta de la fábula de Esopo „El fanfarrón“), pues se niega a aceptar que no existe una contradicción necesaria entre eficiencia y equidad.

Más allá de los supuestos de un modelo de economía dual la pregunta esencial es: Cómo pueden los pobres generar ellos mismos crecimiento a su favor? Para responder a dicha pregunta es necesario apoyarse en la definición del bienestar humano que considere la pobreza como un fenómeno multidimensional y que manteniendo la posibilidad de su medición nos de las pautas para estimular la participación económica de los pobres en el crecimiento económico, tanto por el lado de la acumulación de capital, como por el lado de la oferta laboral. Es aquí donde debe articularse la filosofía de la categoría crecimiento pro pobre con la visión de Amartya Sen sobre el bienestar en términos de funcionalidades y capacidades. Al contrario del „trickle down“ una tal definición exige la participación de los pobres no solo a nivel económico, sino también a nivel social y a nivel político en la generación del crecimiento. Los pobres no solamente se benefician sino, que además de ello participan en el crecimiento.

Así una definición alternativa considera al crecimiento pro pobre como aquel crecimiento que beneficia a los pobres y los grupos discriminados relativamente más que a los no pobres (Kakwani/Pernia, 2000). Esto no es otra cosa que suponer que el proceso de crecimiento implica cambios sustanciales en la distribución tanto de ingresos como de activos. La justificación de tal posición la encuentra Kakwani y Pernia en el hecho de que, el proceso de crecimiento resultante la acción espontánea de las fuerzas del mercado beneficia proporcionalmente más a los ricos que a los pobres, en vista de que ellos tienen ventajas inherentes no solo en lo referente al capital material sino también al capital humano (Kakwani/Pernia 2000).

Para lograr que el crecimiento sea pro pobre es decir que elimine la brecha que produce el mercado, es necesaria una intervención ya sea indirecta eliminando las estructuras y las instituciones que afectan a los pobres y discriminados o en forma de medidas macroeconómicas y/o estructurales que corrijan las desviaciones sociales del mercado. También de forma directa a través de políticas fiscales orientadas a lograr una redistribución de los ingresos y los activos en beneficio de los sectores de menores ingresos y de los menos aventajados. Aquí se incluyen también los gastos en educación, salud, servicios de planificación familiar, acceso al crédito etc. Evidentemente esto implica que habrá que poner el acento en los aspectos de distribución en la función del crecimiento pro pobre.

Se puede operacionalizar el crecimiento pro pobre?

Como ya lo apuntamos la visión de Kuznets y la idea del „trickle down“ han dominado y dominan todavía las estrategias de crecimiento de la cooperación económica internacionalⁱⁱ. Esta forma de tratar el problema encaja con la metodología utilizada por el Banco Mundial para operacionalizar su definición de crecimiento pro pobres. La hipótesis de trabajo principal es que para que crecimiento pro pobres pueda convertirse en una categoría operacional y en una guía para la acción pública, solo puede ser definido como un crecimiento que vaya acompañado de una reducción de la desigualdad y de una reducción de la pobreza. De esta manera las opciones políticas no quedarán limitadas a medidas asistencialistas para paliar los efectos negativos del crecimiento convencional. Lo que queda inalterado es el paquete de medidas para promover las inversiones del sector privado tanto a nivel macro como a nivel micro, independientemente de sus efectos inmediatos sobre la desigualdad.

Tratar de arribar a un único índice de crecimiento pro pobres parece un ejercicio sin sentido, como lo apunta Kakwani, pues en una visión holística del desarrollo sería necesario incluir todas las capacidades que amplían el bienestar humano de los po-

bres. Para un acercamiento, él propone entonces la construcción de un indicador para las capacidades más importantes observando su evolución en el tiempo. De hecho algo parecido al ejercicio realizado en el Índice de Desarrollo Humano por Al-Un Hap (UNDP) en base a los postulados de Amartya Sen.

Kakwani descompone el cambio total de la pobreza en i) el impacto del crecimiento, cuando la distribución del ingreso no cambia y ii) el efecto de la redistribución del ingreso cuando el ingreso total permanece constante, es decir cuando no hay crecimiento. Esto implica que la reducción de la pobreza depende tanto de la magnitud del crecimiento económico como de la distribución de los beneficios del crecimiento. Para ello desarrolla la idea de la tasa de crecimiento equivalente a la pobreza („Poverty equivalent growth rate“, PEGR) que toma en cuenta no solo la magnitud del crecimiento sino también los beneficios que reciben los pobres (Kakwani, Son, Khandker, 2003).

Más allá de todos los intentos de operacionalizar la relación del triángulo crecimiento-pobreza-desigualdad, habrá que debatir mucho los aspectos de economía política. Como bien lo apunta Bourguignon (2003) el hecho de aceptar que la redistribución sea necesaria para el crecimiento es solo el comienzo. Los mecanismos de redistribución incluyen no solamente la redistribución de ingresos sino también de activos, estos últimos aparecen más complejos de lo que parece a primera vista, especialmente porque las condiciones iniciales juegan un papel crucial. Los cambios en la desigualdad inicial implican cambios en las instituciones políticas. Aquí se plantea el problema de las relaciones de poder y de hegemonía, es decir de economía política. En el caso que nos ocupa, como en muchos más, el crecimiento pro pobre deberá ser entendido entonces también como un proceso de transición política que exija la construcción de consensos entre los diferentes sectores sociales. Es una tarea gigantesca que exige enorme capacidad de liderazgo y diálogo en un país tan polarizado como Honduras en el que la búsqueda de consensos no ha sido la mejor vocación de las estructuras políticas existentes, sean estas de izquierda o de derecha.

Discusión internacional

Con la crisis general de los postulados del *Consenso de Washington* se ha revitalizado la discusión en torno al „triángulo mágico: crecimiento, pobreza y distribución“. La creencia en el efecto del derrame („trickle down“) que supone la U invertida de Kuznets de hecho se ha visto cuestionada seriamente con los resultados negativos de las políticas de ajuste estructural y de los programas de reducción de la pobreza (PRSP). El Banco Mundial y la cooperación internacional han iniciado la discusión en torno al crecimiento económico con la estrategia del llamado „crecimiento en favor de los pobres“. El Banco Mundial ha desarrollado incluso un concepto llamado “prosperidad compartida” que juega un papel determinante en la operacionalización de los objetivos de desarrollo sostenible de la Agenda 2030.

[¿Qué es el crecimiento a favor de los pobres?](#) Existe un intenso debate sobre las diferentes formas de conceptualizar el crecimiento a favor de los pobres. Para algunos observadores, el crecimiento es favorable a los pobres si conduce a cualquier reducción de la pobreza; para otros, es favorable a los pobres sólo si conduce a un aumento desproporcionado de los ingresos de los pobres, es decir, si se asocia con la disminución de la desigualdad (Klasen 2007). Aunque cada uno de estos puntos de vista tiene sus méritos, desde el punto de vista de las políticas, resulta especialmente útil definir el crecimiento a favor de los pobres como un crecimiento que maximiza las ganancias de ingresos de los pobres. Hasta aquí todo bien, pero como se dice en el lenguaje popular, “no es lo mismo verla venir que platicar con ella”.

No existe aquí tampoco el famoso automatismo neoclásico. Una de las determinantes más importantes del crecimiento en favor de los pobres la constituye la llamada “redistribución secundaria” que en la macroeconomía depende de la política fiscal. Sin embargo tampoco aquí las cosas son tan fáciles como parecen. Mucho se escucha sobre las bendiciones del Estado de Bienestar de los países escandinavos, como resultado de sus políticas redistributivas. Sin embargo, no todo lo que es bueno para los ricos es posible para los pobres. Si el pastel es pequeño, no dará mucho para todos.

Las transferencias, condicionadas o no condicionadas sirven de mucho pero no son transformadoras. Lo más importante es crear las condiciones para que cada vez menos gente sea dependiente de dichas transferencias. Esto solo es posible con la ayuda de un crecimiento económico en favor de los pobres. Es decir cuando este tiene lugar allí donde viven los pobres, en el caso de Honduras en el sector rural y especialmente en el sector productor de granos básicos. Por ello es de vital importancia aumentar la productividad de este sector.

Otro aspecto determinante lo constituye la dotación de los pobres con “medios de producción”, “bienes de capital” o “medios de vida” según el marco teórico utilizado. En países como Honduras es el “capital humano” el más importante. Incluso más importante que la posesión y uso de la tierra, sin menoscabar la importancia de esta última. Expandir las oportunidades educacionales y mejorar el acceso y la calidad de la educación es la base más importante de un crecimiento en favor de los pobres.

Por último cabe mencionar el tema de la desigualdad de género, que también ha sido identificada como uno de los obstáculos más importante para un crecimiento a favor de los pobres. Existe enorme evidencia empírica que demuestra que la inequidad de género en el acceso a la educación, los medios de producción o las fuentes de crédito es un obstáculo para el crecimiento en general con un mayor impacto sobre las familias pobres.

Si bien es cierto que la promoción de un crecimiento en favor de los pobres requiere un compromiso político del Estado de derecho, esto no justifica intervenciones innecesarias y dañinas en el proceso de producción. Habrá que evitar la emulación del “neoliberalismo” por medio de un “neoestatismo” como lo ocurrido en Venezuela, entre otros ejemplos (Hall/Soskice 2001). Aunque las reformas económicas y la liberalización pueden desempeñar un papel importante en la mejora de los incentivos de los pobres, estos cambios suelen ser insuficientes ante las imperfecciones del mercado, la escasa infraestructura, las malas dotaciones y el escaso acceso a los insumos productivos y al crédito (Klasen 2007).

El nuevo gobierno podría estructurar una agenda política para el crecimiento a favor de los pobres con políticas como el apoyo estatal a los exportadores, las subvenciones a los insumos crédito dirigido, las políticas regionales e industriales, la regulación de los precios de los bienes producidos o consumidos por los pobres, la reforma agraria y la fiscalidad redistributiva. Evidentemente que todo esto necesita una [espacio fiscal](#) suficientemente amplio, que solo puede obtenerse, si no se castiga al sector privado con cargas tributarias innecesarias.

ⁱ Economista nacido en Járkov, Ucrania en 1901 y nacionalizado estadounidense en 1922, obtuvo el Premio Nobel de Economía en 1971

ⁱⁱ Es notorio que aunque Kuznets había trabajado en la relación entre crecimiento económico y distribución del ingreso, fue siempre muy crítico con la pretensión de medir el bienestar exclusivamente

sobre la base del ingreso per cápita: "Hay que tener en cuenta las diferencias entre cantidad y calidad del crecimiento, entre sus costes y sus beneficios y entre el plazo corto y el largo. [...] Los objetivos de "más" crecimiento deberían especificar de qué y para qué" escribía Kuznets en 1962 dirigiéndose al Congreso Norteamericano.

Referencias

- Bourguignon, F. (2003). "The growth elasticity of poverty reduction: Explaining heterogeneity across countries and time periods", T. S. Eicher y S. J. Turnovsky, eds., *Inequality and growth. Theory and policy implications*, Cambridge, MIT Press.
- CEPAL (1990). *Transformación productiva con equidad: la tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*.
- Conesa, E. (2015). *Macroeconomía Y Política Macroeconómica Conesa. La macroeconomía de la economía abierta. Tipo de cambio real y crecimiento económico*.
- Costanza, R; Hart, M; Posner, S; and Talberth, J. (2009). *Beyond GDP: The Need for New Measures of Progress*, Pardee Paper (No. 4).
- Dollar D. y A. Kraay (2002): "Growth is Good for the Poor." *Journal of Economic Growth* 7:195-225.
- Dieren, Wouter van (1981). *El valor de la naturaleza: problemas cruciales del mundo de hoy*.
- Hall, P.A. y D. Soskice (2001). "An Introduction to Varieties of Capitalism", P.A. Hall y D. Soskice (eds.). *Varieties of Capitalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Kakwani N. y E. Pernia (2000): "What is Pro-poor growth?" *Asian Development Review* 18:1-16.
- Kakwani, N.; Son, H; Khandker, S; (2003). *Pro-poor growth: Concepts and measurement with country case studies*. UNDP, Poverty Centre.
- Keynes, J. M. (2006) *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*.
- Klasen, S. (2007). *Determinants of pro-poor growth. 2020 Focus brief on the worlds poor and hungry people*.
- Knoke, I.; Morazán, P. (2002): *PRSP: Beyond the Theory. Practical Experiences and Positions of Involved Civil Society Organisations*, Institut SÜDWIND, Siegburg.
- Kuznets, s. (1955). *Economic growth and income inequality*. *The American Economic Review*, Vol XLV.
- Kuznets, s. (1973). *Modern Economic Growth: Findings and Reflections*. *American Economic Review*, vol. 63.
- Morazán, P. (1992): *Ursachen für das Anwachsen der Armut in Honduras. Die Zusammenhänge zwischen Armut, sozialer Differenzierung Migration und abhängiger Industrialisierung*, Lit-Verlag, Hamburg, Münster.
- Morazán, P. (1995): "Der Sozialfonds in Honduras. Zusammenfassung von vier Positionspapieren", (Manuskript), im Auftrag des BMZ – Arbeitskreises „Armutsbekämpfung durch Hilfe zur Selbsthilfe“, Siegburg.
- Ravallion, M. y S. Chen. (2003): "Measuring pro-poor growth." *Economics Letters* 78: 93-99.

-
- Ostry, J; Berg, A, Tsangarides, C. (2014). Redistribution, Inequality, and Growth, IMF.
- Ravallion y Datt (2000): "When is Growth Pro-poor?" Mimeo. World Bank.
- Sen, A. (2002): Ökonomie für den Menschen. Wege zu Gerechtigkeit und Solidarität in der Marktwirtschaft, dtv, München.
- Ravallion, M. (2001): Growth, Inequality and Poverty: Looking Beyond Averages. *World Development* 29:1803-1815.
- Ravallion, M. y S. Chen. (2003): "Measuring pro-poor growth." *Economics Letters* 78: 93-99.
- Smith, A. (2020). La riqueza de las naciones (Libros I-II-III y selección de los Libros IV y V). Alianza Editorial.
- Solow, R. (1956). A Contribution to the Theory of Economic Growth. *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. 70, No. 1.
- Watts, H.W., 1968. "An economic definition of poverty." In: Moynihan, D.P (Ed.), *On Understanding Poverty*. Basic Books, New York.
- Woodford, M. (2003). *Interest and Prices: Foundations of a Theory of Monetary Policy*, Princeton University Press, Princeton y Oxford.